

M A R I O

# Muchnik

**EDITAR  
GUERRA Y PAZ**

EL DIARIO DE LECTURA, EDICIÓN Y TRADUCCIÓN  
DEL CLÁSICO DE TOLSTÓI – LA HISTORIA  
DE LA RELACIÓN ÉPICA ENTRE LA VIDA DE UN EDITOR  
Y UNA GRAN OBRA DE LA LITERATURA UNIVERSAL

PRÓLOGO DE IDA VITALE

**gris tormenta**

## MARIO MUCHNIK

(Buenos Aires, 1931) es una de las grandes figuras de la edición contemporánea en español. Vive en España desde 1978. Su diversidad de vocaciones lo llevó primero a la ciencia y después a los libros. Dentro de la industria editorial, Muchnik es conocido por su proceso de trabajo artesanal e incisivo, que le permitió conocer casi todos los escenarios editoriales: dirigió Seix Barral, luego Anaya & Mario Muchnik; tradujo al español a Elias Canetti, Italo Calvino y Susan Sontag; fundó dos editoriales independientes; y escribió varios libros —cuatro de los cuales (*Banco de pruebas*, *A propósito*, *Lo peor no son los autores* y *Oficio editor*) son un exhaustivo registro de la mente, la formación y el contexto del editor de cambio de siglo, como este recuento que ahonda en la hazaña que significó publicar *Guerra y paz*.

## IDA VITALE

(Montevideo, 1923) es poeta, ensayista y traductora. Desde sus primeros libros, a principios de la década de los cincuenta, Vitale es considerada un referente de la poesía uruguaya. Hoy, su obra poética completa constituye un hito en la literatura en castellano. Entre sus títulos más recientes destacan: *Mínimas de aguanieve*, *Shakespeare Palace*, *De plantas y animales* y *Tiempo sin claves*.

**Editar**  
*Guerra y paz*

Editar  
*Guerra y paz*

Mario Muchnik

colección editor

**gris tormenta**

Presentación

9

Prólogo

11

Prolegómenos

25

Diario

61

Semblanzas

119

PRESENTACIÓN

## La colección Editor

En el universo de los objetos con los que nos relacionamos todos los días, el libro es quizá el más complejo de todos. Sencillo a simple vista, es tal vez el que más particularidades e idiosincrasias contiene, el que más historias encierra. Aunque parezca el resultado de un pensamiento claro y directo, la genealogía inmediata de cualquier título revela que es más bien azaroso, nunca proveniente de un camino lineal. La colección Editor intenta mostrar ese largo e inesperado proceso que existe antes de que un libro sea abierto por un lector: una exploración literaria desde la curiosidad.

A través de testimonios en primera persona, esta colección de libros dedicados a los diferentes oficios de la edición propone reflexiones sobre una industria que no suele contemplarse a sí misma muy a menudo. En un presente en donde cualquier persona puede escribir y publicar en el vacío, sin necesidad de editores ni lectores, esta colección propone discusiones en la dirección opuesta: ¿cuáles son los conceptos centrales que se ponderan en los debates editoriales más complejos; las dudas y las certezas; las sutilezas del proceso creativo, esenciales y distintas en cada libro y para cada escritor?

Los autores de los textos que forman la colección reflexionan y ensayan sobre los procesos editoriales y el pensamiento literario que da vida a cada obra —un ejercicio de análisis esencial y atemporal. De la creación a la edición, de la traducción a la composición, Gris Tormenta tiene un gran interés por esos textos, raros hallazgos e historias originales sobre las grandes ideas que suceden en el *backstage* de la literatura.

## PRÓLOGO

**Leer *Guerra y paz***

El azar —¿puede dudarse?— rige la vida humana. Leí a mis catorce años *Guerra y paz*, al igual que Muchnik, en un ejemplar (¿o dos?) con atractiva encuadernación roja, que estaba en la biblioteca pequeña del escritorio, herencia de mi abuelo o de mi tía Ida —dedicada a plantas y animales, pero fina lectora—, ambos muertos cuando yo, dejando atrás mis clásicos infantiles —los Pinochos, Caperucitas y Robinson Crusoe, los genéricos y favoritos cuentos de hadas—, y habiendo agotado otros libros, ni ofrecidos ni negados, me aventuré —sin que se me

hubiera despertado aún el interés y respeto por editores y traductores— en aquellas encuadernaciones rojas con dorados, por la infrecuente selva de nombres rusos, en una geografía que me era extraña, en un texto que desbordaba mis pobres recursos, aplicados al campo indiscutido de los malos, siempre felizmente derrotados. Pero aun tan pobre materia hace posible el pavor, la alegría y el gusto —o el rechazo—, alimentada sobre todo por la amiga leal y benévola de la tía Débora, Eulalia Campos, para la que guardo una infinita gratitud, que compensaba mis desazones al tener que devolver los préstamos de los libros de su sobrina, ya mayor, con frecuentes regalos de bien elegidas lecturas. Carecí de conciencia bibliográfica: nunca registré nombres de traductores, editoriales, países de origen, etcétera. Me bastaba con distinguir los que eran para mí y entenderlos, con frecuente recurso al diccionario, como solían recomendarme ante mis preguntas, y así se me fue ampliando el léxico.

Un día mis lecturas —más espaciadas— fueron más satisfactorias: tenían otro ritmo, otra intensidad, otra memoria. Ya manejaba mi conocimiento, ese orgulloso desborde, prestando el libro de Tolstói a la única compañera que consideraba a su altura, la querida Alicia Conforte, amiga de por vida, cuya capacidad yo sabía por encima de la mía, a la vez que me enorgullecía ofrecerle un descubrimiento que sentía insuperable.

Poco a poco, habían ido pasando *Los tres mosqueteros*, todo o casi todo Verne, *Juvenilia*, de Cané, todo Galdós; tantos y tantos libros mejores y peores que ocupaban el paso de la infancia a la adolescencia, insinuados por la enseñanza, buscados al azar en la vecina Biblioteca Nacional, que empezaba a frecuentar, o saltándome a las manos desde los estantes caóticos de las cercanas librerías de viejo. Comenzó la codicia del libro propio. A diario sufría la desazón de un final que coincidía con la cena, durante la cual, obviamente, suspendía la lectura, por más sumergida en ella que estuviese, y después

venía el acostarse a dormir y luego la mañana con sus clases y luego el almuerzo, todo lo cual implicaba un paréntesis hambriento de lectura, obsesivo cuando coincidía con un episodio esencial o un final. Creo que la vida nunca volvió a enfrentarme con tan maníaca sensación de carencia y soledad.

¿Qué hacer con los ríos de América o con los logaritmos innecesarios, cuando por ellos me privaba del gozo único de ganar un espacio de saber anhelante, ajeno a los deseos del mundo?

¿Podían imaginar que yo no estaba en Babia, sino alejada a la fuerza de mi secreta preocupación del día? ¿Moría X? Corría hacia un final que, llegado, me dejaba en una desamparada carencia. Porque, concluido ese libro, ¿encontraría otro que pudiera suplirlo en mi necesidad de expresión de sentimientos, aventuras del existir y comprensión del mundo, que me parecía cerrado? Quizá alguien memorioso, con una referencia a lecturas tempranas —esas que, marcadas por un

sello de época ofrecieron un marco dorado o florecido a un periodo infantil que hubiera sido descolorido y triste de otra forma—, podía haberlo imaginado.

Aquella biblioteca traslaticia me acompañó en los años escolares y me preparó para entrar en los nada ocultos misterios de la biblioteca familiar. No sé cuántas veces releí aquellas obras. En ese largo periodo de semiconciencia comprensiva me aventuré en los dos volúmenes rojos de la traducción de *Guerra y paz* que veía a diario en la biblioteca donde reinaba el teléfono. Es posible que en años menos aventureros les hubiera echado una mirada. Pero sabía que eran libros para adultos, que solían resultarme aburridos o abstrusos. No sospechaba que, pese a los extraños nombres de personajes y ciudades, el articulado sabor de una obra de tal jerarquía —aunque en ese momento no lo tuviese en cuenta— me volvería inocuas mis lecturas pasadas, pese a que no todas habían sido deleznable.

Naturalmente, el salto de lo leído antes hasta este libro sorprendente empezaba por su extensión. Por primera vez me encontraba ante uno en dos tomos y con un lenguaje que me llevaba a cada paso a la consulta o al diccionario. No era la primera vez que me enfrentaba con una geografía sin referencias, una historia sin apoyos, la nieve que imaginaba hermosa y terrible. Pero era consciente de entrar en un mundo remoto y a la vez real, aunque fuese discordante con el mío y nada me hubiese preparado para las diferencias que debía asimilar. Ya me ganaba una escritura sin balbuceos y poder entrar sin angustias en la correntada de pensamientos (y conocimientos) adultos y pasiones que iban del desconcierto a la felicidad. Y que todo fuese aceptable y maravilloso y estuviera al parecer a mi alcance. Me asombraba un poco que nadie objetara mi apropiación de aquella obra tomada de la biblioteca adulta. (Pero, «casualmente», se me había encargado, ya que se trataba de

una bibliotequita sin puertas, de quitarle el polvo cada tanto.) Acepté a Rusia, con su nieve, sus extraños nombres, sus no menos extrañas costumbres, una guerra, por primera vez descrita, y sentimientos para los que no estaba preparada. Como no lo estaba para los espíritus que se me abrían entre sorprendentes discursos y reflexiones. Yo entraba, sin preparación ni méritos, en una geografía, una historia y una sociedad, en el alma desplegada de extraños y conmovedores personajes.

No había ingresado en la escuela a la edad normal. El hecho de que mi tía dirigiera una que estaba en el Centro, lejos de casa, en dos turnos, había dificultado que concurriera desde el primer año, reduciéndome a la desventura de la enseñanza doméstica, con breves clases nocturnas —cuando regresaba Débora— y consultas abusivas al tío Pericles, que, por no sé qué misteriosas razones, estaba siempre a mano.

Releer un libro, sobre todo si dejamos pasar un tiempo entre las distintas aproximaciones, es siempre una sorpresa. Muchas veces nos sorprenden porque suelen enfrentarnos al recuerdo que tenemos de algunos pasajes que se han «movido» de la idea que guardábamos de ellos. Algo ha de explicar la distinta intensidad con que hemos fijado ciertos momentos de la historia y no otros. Y eso ocurre con libros que con el paso del tiempo tienen decisiva constancia en nuestro recuerdo, aunque, objetivamente, nada tienen que ver con nuestras experiencias o con nuestras futuras expectativas.

*Guerra y paz*, descubierta quizá antes de tiempo, tal vez fue la obra que más veces releí. Diría que la biblioteca familiar era —a mis ojos de hoy— aleatoria. Sospechaba que estaba determinada en parte por el gusto de la tía Ida, muerta antes de yo nacer, pero viva en el amor de sus hermanos. Claro que no me impedían el trato con los libros para adultos (con tal que mis manos limpias les guardaran el respeto debido). Un día, dado

que los veía cada vez que atendía el teléfono, empecé a ojear aquellos ejemplares rojos, tan diversos de los «míos». Fueron sin duda los únicos que leí completos varias veces, acompañando los años que me llevaron de la infancia a la juventud —cuando, ya con más lucidez, volvía a ellos. Sin duda a Tolstói le debí el fascinador descubrimiento de una historia con nombres y costumbres distintas y adultas —la misma fascinación, quizá, que llevó a Muchnik a editarla de nuevo. Ya antes me habían extasiado los egipcios, cuyas pirámides, algunas todavía llenas de tesoros, se dejaban penetrar por arqueólogos, que constituían una nueva especie (a la que por años soñé integrarme) que me traía un mundo que había sido real y maravilloso y acabado de entreabrir, no solo a mi imaginación, sino a la cultura, a los libros de historia —y aun a la moda— de la época en la que empezaba a vivir, trayéndome la noción de los siglos que, para mi asombro, rompían su encierro ofreciéndose, más que en palabras, en imágenes, en color, en novedosa belleza.

Nefertiti o Ramsés ocupaban los números de *L'Illustration*, irrumpiendo en lo que junto a ellos parecía pobre, incoloro, anodino. Nunca entendí cómo aquellas imágenes perturbadoras podían haber sido relegadas luego al sótano, que por eso adquirió en mi infancia un prestigio que me atraía, más allá de la incomprensión adulta.

Pero pronto llegaría el tiempo en que el lenguaje discutiera el prestigio de las imágenes; el tiempo en que lo que no se entendía fácilmente, lo que estaba detrás de las palabras, supliera el atropello de los oros y los azules; en que nos conmoviera no la belleza visual, sino la profundidad de los sentimientos, o el interés de una historia no menos rica en misterios, cuyos personajes, vivos en los libros, revivían al leerlos. El oro no estaba ya en las máscaras, sino en palabras que nos forzaban a la lectura reiterada. El tiempo, para mí, de *Guerra y paz*, *La montaña mágica* o *Fortunata y Jacinta*.

IDA VITALE

*Para Elisa*

NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN

*La edición de Guerra y paz publicada en estos días por este Taller, fruto de cuatro años y medio de trabajo, pero también de toda una vida marcada por la que, según muchos, es la mejor novela jamás escrita, ha sido una sucesión de coincidencias, percances y sorpresas dignas de un sainete, obstáculos a duras penas superados, problemas con soluciones felices y, sobre todo, momentos de gracia probablemente suscitados por el mismo texto de Tolstói.*

*Rodeado de amigos que han vivido esta aventura muy de cerca, influido y alentado por ellos, he decidido narrar los hechos para beneficio de generaciones futuras de jóvenes editores.*

*Si las hay.*

MARIO MUCHNIK  
*Madrid, octubre de 2003*

## Prolegómenos

Fue un mediodía, en nuestro comedor de la calle Ayacucho, número 1822, en pleno barrio Norte de Buenos Aires, cuando mis padres tuvieron una conversación crucial en mi presencia.

— Yo creo que el chico ya está maduro para *La guerra y la paz* — dijo mi madre.

— Hmm... — dijo mi padre, cuya opinión sobre las inclinaciones literarias de sus dos hijos favorecía claramente a mi hermana menor, Nora—. Hmm... ¿Vos creés?

— Está leyendo un montón de libritos sobre temas científicos, *Cazadores de*

*microbios*, la biografía de *madame* Curie, qué sé yo. Es hora de que se enfrente con algo más serio. Yo creo que ya es un grandulón y tendría que probar.

—Si me dijeras Nora, sí, aunque solo tiene siete años. Yo veo cómo se divierte con las obras de Molière, que leemos juntos cada noche. Mario no tiene paciencia, le gustan los aviones...

Siguió un silencio que interpreté correctamente: mi madre se saldría con la suya y yo tendría que hacer frente a los siete tomos de la novela de Tolstói. A mis catorce años.

Eran siete tomos que me parecían grandes, aunque lo único de que puedo dar fe es que las cubiertas eran amarillas; y recuerdo bien el papel, grueso pero liviano y esponjoso, y los bordes de las páginas, abiertas en primera lectura por el cortapapeles de mis padres. Creo recordar la negrura de las letras, bien legibles para mí y, hoy lo intuyo, fruto de un buen taller tipográfico. Los márgenes eran generosos — así los recuerdo — y

la encuadernación, cosida, muy firme, no exigía misericordia alguna. El lomo era dócil y la mezcla de los aromas del papel, de la cola y de la tinta inspiraba respeto a la vez que deleitaba.

Mis amigos mexicanos me dicen que se trataba seguramente de la edición de Porrúa, que ellos coinciden en que era en siete tomos aunque, contrariamente a mi recuerdo, no grandes, sino más bien «normales». Quizá no fuera la de Porrúa.

No tardé en quedar absorto en la lectura. Ni tampoco en sentir crecer en mí el miedo a que la historia se acabase. Llegaba al final de un tomo con el inmenso placer de pasar al siguiente y el terror ante la inminencia del séptimo, que se avecinaba imparable. No sé cuánto tardé en leer la novela. Sí puedo decir que desde esa experiencia de lector de catorce años hasta la tercera lectura del *Quijote*, a mis cuarenta y seis años, ningún libro me inspiró terror tan grande ante el final ineluctable de la narración. Mi madre, a

## Mario Muchnik

Mario Muchnik (Buenos Aires, 1931) es una de las grandes figuras de la edición contemporánea en español. Vive en España desde 1978. Su diversidad de vocaciones lo llevó primero a la ciencia y después a los libros, aunque también se ha dedicado a la fotografía. Dentro de la industria editorial, Muchnik es conocido por su proceso de trabajo artesanal e incisivo, que le permitió conocer el tras bambalinas de casi todos los escenarios editoriales: dirigió Seix Barral, luego Anaya & Mario Muchnik; tradujo al español a Elias Canetti, Italo Calvino y Susan Sontag; fundó

dos editoriales independientes; y escribió varios libros —cuatro de los cuales (*Banco de pruebas*, *A propósito*, *Lo peor no son los autores* y *Oficio editor*) son un exhaustivo registro de la mente, la formación y el contexto del editor de cambio de siglo.

Muchnik proviene de una familia rusa de origen judío. Después de tener éxito en la publicidad y observar el ascenso del peronismo, su padre, Jacobo Muchnik, decidió emigrar a Nueva York para que su hijo recibiera una mejor educación. Aunque la familia volvió a la Argentina, él terminó de estudiar Ciencias Físicas en la Universidad de Columbia para luego irse a Italia y hacer un doctorado en Física Experimental en la Università degli Studi di Roma. Ahí participó en un grupo de investigación que confirmó la existencia de la antipartícula sigma +. Este hecho supuso varios meses de tensión, que se sumaron a otras dudas en torno a su profesión, por lo que en 1966 abandonó la ciencia y decidió dedicarse a la fotografía —que eventualmente lo condujo a la edición.

Como físico, Muchnik trabajó ocho años con emulsiones nucleares, que están emparentadas con las fotográficas. Con ese entendimiento del revelado, hacia 1962 comenzó a experimentar con la fotografía analógica. Cuando dejó la física por completo, conoció a Nicole —artista y periodista tunecina que sería su segunda esposa— y decidió que el siguiente paso «natural» era ser fotógrafo. En 1967, gracias a un amigo de la familia, aceptó un trabajo como editor de audiovisuales en una empresa londinense. También se dedicó a realizar series y reportajes personales sobre Nápoles, Buenos Aires y París —algunos de estos proyectos se convirtieron en libros como *Miguel Ángel de cerca* y *Un bárbaro en París*, donde retrató la ciudad en la que vivió once años.

Desde muy joven se interesó por los libros, pero su primer acercamiento a la edición fue cuando, al regresar de Columbia, como pasatiempo, tradujo con su padre *The Crucible*, de Arthur Miller (en español se conocería después como *Las brujas de Salem*).

Ese «juego» familiar marcó su futuro de editor, en el que siempre hubo un especial interés por las traducciones, la edición quisquillosa y una constante colaboración paternal.

Jacobo Muchnik fundó su primera editorial en 1955, que se convirtió luego en Fabril Editora, en donde publicó a autores como Gombrowicz, Kafka y Sábato. Eso permitió que su hijo estuviera muy cerca del mundo editorial y sus procesos: ofreciendo su opinión, colaborando en libros específicos, acompañando en las ferias del libro internacionales o simplemente compartiendo lecturas.

Después de Londres, adentrándose en la edición como trabajo formal, Muchnik probó suerte en París con toda la familia y eventualmente consiguió un trabajo en el desarrollo de colecciones para Robert Laffont. Ese fue el inicio de una larga carrera que, tras su mudanza definitiva a España en los setenta, incluyó crear Muchnik Editores —hoy El Aleph— con su padre en 1973, donde construyó un catálogo de gran calidad con autores como Nicolás Guillén, Bruce

Chatwin o Kenizé Mourad; ser director literario de Seix Barral entre 1982 y 1983; trabajar en la editorial Anaya; dirigir Anaya & Mario Muchnik entre 1991 y 1997; y, finalmente, fundar Del Taller de Mario Muchnik en 1998, una editorial concebida para publicar seis títulos de narrativa y ensayo al año —ahí apareció *Editar* «*Guerra y paz*»—, pero desde donde también dirigió (en coedición con El Aleph) la colección de Clásicos Rusos, que incluye libros de Dostoievski, Leskov, Tolstói y Turguéniev. A lo largo de más de cuarenta años, algunos de estos proyectos se traslaparon y sus habilidades navegaron entre los objetivos de las editoriales para las que trabajaba y la edición de sus sellos personales, pero siempre con rigor y detalle —que pueden apreciarse en la lectura de este ensayo. También presencié el cambio hacia las nuevas tecnologías para la creación de libros y entretejió una gran red de amigos, colaboradores y escritores, entre los que se encontraban Julio Cortázar, Ana María Matute y Augusto Monterroso.

Muchnik es un editor épico. El tipo de epicidad literaria que, quizá por el extenso archivo autobiográfico que existe, lo convierte en un personaje singular. Después de viajar por el mundo y dirigir las colecciones de distintas editoriales, una de sus mayores hazañas fue llevar a cabo su último proyecto: solo un editor y su computadora — con algunos colaboradores externos — haciendo libros: una premonición de la edición del siglo XXI.

## Ida Vitale

Ida Vitale (Montevideo, 1923) es poeta, ensayista y traductora. Su prolífica obra también incluye prosa, crítica y artículos publicados en diversos medios culturales, como *Marcha* y *Época*. Estudió Humanidades en Montevideo, donde tuvo como profesor a José Bergamín, una de sus mayores influencias. Después continuó su formación en La Sorbona, en París. Entre sus referentes literarios están Juan Ramón Jiménez y autoras como Gabriela Mistral, Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira. Como traductora, ha vertido al español textos de autores como

Luigi Pirandello, Simone de Beauvoir, Guillaume Apollinaire, Eugenio Montale y Emil Cioran.

Desde sus primeros libros, a principios de la década de los cincuenta —*La luz de esta memoria* y *Palabra dada*—, Vitale es considerada un emblema de la poesía uruguaya. Por su cadencia desbordante y sutil, que ahonda en la esencia y la existencia, la ironía y lo cotidiano, ha sido galardonada con importantes reconocimientos literarios, entre ellos el Premio Internacional Alfonso Reyes 2014, el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 2015, el Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca en 2016 y el Premio Cervantes 2018 —uno de los reconocimientos más importantes de la lengua española. Hoy, su obra poética completa constituye un hito en la literatura en castellano.

Un tema central en su obra es la relación cuerpo-mundo. Sus versos contienen un vaivén tenue y lúcido que ahonda en la relación del poema con la vida, y en su escritura

se extiende una conciencia de la viveza del lenguaje y su potente exactitud: «Érase un bosque de palabras, / una emboscada lluvia de palabras, / una vociferante o tácita / convención de palabras, / un musgo delicioso susurrante, / un estrépito tenue, un oral arcoíris», dice, por ejemplo, en el poema «Reunión», de 1972.

Vitale pertenece, junto con otros escritores como Juan Carlos Onetti, Idea Vilariño y Amanda Berenguer, a la famosa generación del 45, un fenómeno social, político y cultural determinante en la identidad intelectual uruguaya del siglo xx. En su obra más reciente destacan: *Mínimas de aguanieve*, *Shakespeare Palace*, *De plantas y animales* y *Tiempo sin claves*.

EDITAR GUERRA Y PAZ

Los dos textos que conforman este libro aparecieron originalmente en *Guerra y paz* y en *Editar «Guerra y paz»*, ambos publicados en Del Taller de Mario Muchnik, Madrid, 2003.

© Taller Editorial Gris Tormenta, 2022  
Guerrero Sur 34, Centro Histórico  
76000, Querétaro, México  
*gristormenta.com*

© Mario Muchnik, 2003, 2021  
© Ida Vitale, 2021

Edición: Mauricio Sánchez, Jacobo Zanella  
Coordinación y diseño: Jacobo Zanella  
Asistencia editorial: Luis Bernal, Germán Vázquez

ISBN 978-607-99130-3-8

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados.

Esta primera edición se terminó de imprimir y encuadernar el 6 de enero de 2022 en los talleres de Litográfica Ingramex en la Ciudad de México. El tiraje fue de mil doscientos cincuenta ejemplares.

## COLECCIÓN EDITOR

¿Qué significa tener una postura literaria ante la vida? La colección incluye testimonios que dan cuenta de los elementos del proceso editorial; raros hallazgos e historias originales que ofrecen un vistazo a la maquinaria oculta de la producción literaria.

*Perder el Nobel*, de Laura Esther Wolfson. Una historia sobre el oficio de la traducción y el significado de la pérdida. Traducción y prólogo de Marta Rebón.

*Las posesiones*, de Thomas Bernhard. Dos historias sobre la vida material de un escritor y los premios inesperados. Prólogo de Andrés Barba.

*Una vocación de editor*, de Ignacio Echevarría. Un acercamiento a la labor editorial de Claudio López Lamadrid. Prólogo de Emiliano Monge.

*Illegible*, de Pablo Duarte. Un ensayo narrativo sobre el proceso de pensamiento literario y la búsqueda de un texto «ideal». Prólogo de Tedi López Mills.

*Dentro del bosque*, de Emily Gould. Un ensayo en dos tiempos sobre el costo de escribir y el destino de los libros. Traducción y prólogo de Isabel Zapata.

Los cuatro personajes principales que aparecen en esta historia han tenido una larguísima y extraordinaria trayectoria: Mario Muchnik (1931), Lydia Kúper (1914-2011), Lev Tolstói (1828-1910) e Ida Vitale (1923). Este libro es un homenaje a la literatura como trabajo colectivo y una invitación a redescubrir a un editor radical, fascinante e inenarrable.

La edición de *Guerra y paz* que hemos publicado es fruto de cuatro años y medio de trabajo, pero también de toda una vida marcada por la que, según muchos, es la mejor novela jamás escrita. He decidido narrar los hechos para beneficio de generaciones futuras de jóvenes editores. —*Mario Muchnik*

*Guerra y paz* tal vez fue la obra que más veces releí. Sin duda a Tolstói le debí el fascinador descubrimiento de una historia con nombres y costumbres distintas y adultas —la misma fascinación, quizá, que llevó a Muchnik a editarla de nuevo. —*Ida Vitale*, en el prólogo

Mario, además de ser un gran editor, es un gran escritor. Todos sus libros de memorias son de una clarividencia extraordinaria. También es —y fundamentalmente— un gran lector. Y qué sería la literatura sin los lectores. —*César Antonio Molina*

Cada vez que Mario editaba un libro era una sorpresa, era siempre una explosión. —*Carmen Iglesias*

La colección Editor explora los procesos, largos e inesperados, que existen antes de que un libro sea abierto por un lector. Memorias y ensayos sobre las grandes ideas que suceden en el *backstage* literario: creación, traducción, crítica y edición.

TALLER EDITORIAL  
GRIS TORMENTA 2022

COLECCIÓN EDITOR 6

[gristormenta.com](http://gristormenta.com)

ISBN 978-607-99130-3-8



9 786079 913038 >